

un plano, lo ejecuta y adorna en algunos meses. La legislatura, en cambio, emplea veinte años en construirse un nuevo edificio. Por el cuidado de ciertas personas, las discusiones del Parlamento son a diario impresas y repartidas a través del reino algunas horas después de haber tenido lugar; pero los Anales del comercio aparecen regularmente con un mes de retraso, con más a veces.

Y el caso es que esta es la regla universal. Aquí es una oficina de salubridad pública que desde 1849 está a punto de cerrar los cementerios de Londres y que aún (1853) no ha hecho nada con tal fin; y tanto y tanto ha dormido sobre los proyectos de cementerios que la Compañía de la Necrópolis de Londres le ha cortado la hierba bajo los pies. Allí, es un inventor privilegiado que sostiene una correspondencia de veinte años con la Guardia de a caballo antes de obtener una respuesta definitiva acerca del empleo de sus botas de montar perfeccionadas para el ejército. En Plymouth, es un capitán de marina que, desde el naufragio de la *Amazona*, deja pasar diez días antes de enviar en busca de las canoas de ese navío, que nadie había vuelto a ver.

Además, la administración oficial es bestia. Está en la naturaleza de las cosas que cada ciudadano busque el trabajo para el cual se preste más. Los que son a propósito para la tarea que emprenden salen bien de ella y, ordinariamente, reciben un ascenso en relación con su habilidad; en cuanto a los ineptos, la sociedad los repele, cesa de emplearlos, los obliga a buscar un trabajo más fácil, y entonces vuelve a tomarlos a su servicio.

Pero, en las administraciones del Estado, tanto importa se sirva o no. Allí, ya se sabe, el nacimiento, la edad, la intriga, que pasa por las escaleras de servicio, y la adulación, hé ahí lo que distingue a un hombre,